Madrid 5 de enero de 2020

El Cristocentrismo en la Madre Cándida

Por Mª Dolores Giménez FI

Hacer memoria de 150 años de vida es ponerse en actitud de agradecimiento a Dios que, eligió y llamó a Cándida María de Jesús, esa mujer que supo dar vida al "Dios lo quiere".

Con esperanza agradecida he reflexionado sobre este rasgo de la M. Cándida. El Cristocentrismo es núcleo de su espiritualidad porque Jesús es el centro de su vivencia, hasta tal punto, que la llevó a dar identidad a su proyecto evangélico con el nombre de Hijas Jesús.

La M. Cándida une la filiación y el cristocentrismo en una única experiencia. A ser hija se une la pertenencia "de Jesús". Ya en el Rosarillo, Juana Josefa tiene la inspiración que más tarde expresará en la Fórmula con respecto a la Congregación: "deseo que se llame de las Hijas de Jesús". En su trayectoria epistolar transmitirá a las hermanas la necesidad de que sean "verdaderas Hijas de Jesús". Jesús en nuestra identidad.

Pero ¿quién es Jesús para la M Cándida?

En su vivencia espiritual la M. Cándida se refiere indistintamente al Dios- Trinitario y a Jesús-Dios. Esta diferencia es experiencial. Para ella Jesús es ante todo Dios, "todo un Dios que por nuestro amor se hizo hombre". "Jesús es nuestro Dios clavado en la cruz". Es también el Absoluto en quien "todo lo tenemos", es la "esperanza" y el "amor", es la persona que lo merece todo porque es "nuestro todo" (1).

Y de manera especial Jesús es padre que nos quiere, nos tiene de su mano, nos bendice, no abandona a sus hijas. Desde su experiencia de familiaridad con Dios, considera a Jesús Padre y Esposo, Salvador, Señor que dispone de nuestra vida, que llama y elige. Amar mucho y muy de veras a Jesús y la razón es que es nuestro Padre (2).

Ha sentido con mucha fuerza en su interior el "Conmigo" que Ignacio presenta en el Rey temporal y no ha sido sorda a su llamamiento (3). Forman una unidad el estar con Jesús y enviarnos, el conmigo que da fuerza a la misión. "En Jesús todo lo tenemos y sin Él todo lo tenemos perdido". ¿Cabe mayor radicalidad en su confianza y en su respuesta? Entiende también que para Jesús la misión es una relación constante con el Padre por ser enviado para los demás. Parecerse a Él, la llevará hasta la identificación porque el

Dios cercano se hace imitable en Jesús, “siguiendo sus huellas hasta la cruz”, hasta el fin del amor.

La M. Cándida entiende su pertenencia a Jesús hasta el punto de “ser tenidas por locas… por desear parecerse e imitar en alguna manera a nuestro Creador y Señor Jesucristo, vistiéndose de su vestidura, pues la vistió Él para nuestro mayor provecho espiritual…”. Arraigada en la tercera manera de humildad (4). Mucha paciencia en el sufrimiento ofreciéndolo todo por amor a Jesús, afrontando con valentía las dificultades (5). Vive un proceso que pasa del conocimiento al amor y del amor a la identificación total mediante el seguimiento de Jesús. “Los que más se querrán afectar” (6). La fuerza interior que la sostiene en el sufrimiento es el amor y su deseo de parecerse a Jesús. Está convencida de que seguir la voluntad de Dios la conduce a la identificación con su Hijo (7).

Y esa pasión por Jesús la lleva a ser y estar disponible. Decía el P. Arrupe: “Sin una identificación con Jesús en nuestra vida personal y apostólica seríamos incapaces de la disponibilidad que la Compañía nos exige” (8). Es la experiencia de sentirse instrumento en manos de Dios sabiendo que se está más unida a su dueño cuanto es más disponible para él. Experiencia de auténtica consolación.

La M. Cándida tiene la capacidad de penetrar en la realidad más profunda de Jesús que necesita discernir para vivir humanamente en su mundo, captar las cosas de Dios, lo que le agrada. Necesita desde Jesús captar lo humano, captar las mayores necesidades para dar una respuesta evangélica. Nos decía recientemente el Papa Francisco a las Hijas de Jesús: “No tengan miedo, métanse en todas las áreas, en los ámbitos que están gritando la necesidad de un anuncio evangélico…”. Esta mujer, intuitiva y sensible, busca que todo sea lugar de encuentro con Dios, con todo lo que vive, hace y piensa. Con la alegría propia de quien se fía de Jesús porque todo lo tiene en Él. “Cuanto menos teníamos más contentas estábamos”, nos dicen de los primeros tiempos. Una pobreza con una total referencia a Jesús, como lo expresa la CG XVIII: “La M. Cándida nos ha enseñado con su vida que la última elección de la pobreza y de los pobres radica en Jesucristo. La verdadera pobreza evangélica se hace posible cuando sólo en Jesús ponemos la esperanza y asumimos su modo de vida” (9).

La M Cándida configurada con Jesús que “lo lleva en el corazón porque tenía el suyo puesto en Él” (10) Ha colocado a Cristo en el centro de su vida para verlo y sentirlo cercano, sin distancia no superable. Es tanta su pasión por Él que se hace indiferente su preferencia ante todo lo demás. Jesús en el centro de sus afectos, sus ideas, sus ilusiones, sus sueños y deseos, Jesús abarcando todo.

Sin el amor apasionado a Jesús no se comprende la vida de la M. Cándida, su servicio al Señor en la Iglesia (11). La fidelidad es una exigencia del amor, es una manera de manifestar el agradecimiento “Seamos agradecidas siendo fieles a Jesús” Una

manifestación de ese amor es el deseo de unirse a Él por la comunión a través de la Eucaristía que tiene para ella una fuerza insustituible (12).

De ahí arranca su trabajo apostólico, la necesidad de dar a conocer y a querer a un Cristo que forma parte de su existencia.

Con relación a Jesús aparece clara la función de María como Mediadora. Ella nos alcanza las gracias de su Hijo. María vive el misterio de la cruz unida al Cristo doliente de nuestra redención. También es modelo a seguir para considerar los misterios en toda su profundidad: navidad, la espera, en pasión el dolor, la resurrección la alegría y pentecostés la oración (13).

¿Cómo vivirlo hoy según el contexto y la vocación a la que hemos sido llamados?

Para la M. Cándida la vida no está expresada por formulaciones teológicas sino por experiencias. Lo que ella nos da con el nombre de Jesús es una auténtica vivencia, una experiencia espiritual que es a la vez misión (14). Nos podríamos preguntar ¿Quién es Jesús para mi? Si transmitir a Jesús es misión ¿cómo lo puedo vivir en el hoy concreto, en los lugares donde trabajamos, en nuestras realidades comunitarias? ¿Con otros? ¿Desde dónde valoramos la dignidad de las personas?

Su contemplación de Jesús no se queda en un recuerdo que acaeció sino que Jesús sigue viviendo y realizando sus misterios en nosotros: “nace en nuestro corazón”, nos llama a “sufrir con Él” y “acompañarle en su Pasión” y su amor nos enciende al “resucitar en nuestros corazones” Y con Él seremos felices para siempre en el cielo (15). ¿Cómo contemplamos a Jesús desde nuestra vida teniendo en cuenta el itinerario evangélico? ¿me siento afectada por Jesús?

Jesús ocupa un lugar central, polariza toda su existencia, es el punto de referencia en su vida cotidiana, con sencillez y naturalidad, pero concretado en un servicio y entrega a los demás. ¿Cómo puedo yo experimentar a Jesús poniéndolo en el centro de mi existencia? ¿Qué cosas me lo impiden?

El deseo va siempre más allá de lo conseguido. Nosotras Hijas de Jesús, familia M. Cándida, mucha gente que intenta y quiere vivir desde esta espiritualidad, tenemos también una llamada a poner a Jesús en el centro de nuestra vida que nos haga salir de confinamientos personales para que también podamos ver “el mundo pequeño para nuestros deseos”.

NOTAS

1) “Iluminación sobre Cristocentrismo y Filiación en nuestra vocación de Hijas de Jesús”, Inés Laso y Mª del Pilar Linde – Roma 1983 (Cf. pág. 42, 43)
2) Ibid. (Cf. pág. 44)

3) Cf. EE 91
4) Cf. CFI 137, EE 167
5) Ibíd (Cf. pág. 23)
6) Cf. EE 97
7) Ibíd (Cf. pág. 18)
8) Carta sobre la disponibilidad. P. Arrupe-Noviembre 1978
9) Cf. CG XVIII, 10
10) Apuntes Espirituales de la M. Cándida
11) "Un camino entre dos fechas", Jesús Montero S.I. (Cf. pág. 168)
12) "Espiritualidad de la M. Fundadora" 1969 (Cf. pág. 103)
13) "Espiritualidad de la M Fundadora" 1969 (Cf. pág. 107)
14) Ibíd (Cf. pág. 50)
15) Ibíd (Cf. pág. 44)